

—¡ Oh, por Dios, señor Marqués!... No creo que usted... se atreviera... sus ideas.

—Mis ideas son otra cosa. El mercado de las hortalizas no puede seguir al aire libre, á la intemperie.

—Pero San Pedro es un monumento y una gloriosa reliquia.

—Es una ruina.

—No tanto...

El Magistral intervino huyendo de Obdulia, que le asediaba ya, según habían previsto Paco y Visita.

Al entrar en el salón la Regenta, De Pas interrumpió una frase pausada y elegante, porque no pudo menos, y se inclinó saludando sin gran confianza.

Detrás de Ana apareció Mesía, que traía la mejilla izquierda algo encendida y se atusaba el rubio y sedoso bigote. Venía mirando al frente, como quien ve lo que va pensando y no lo que tiene delante. El Magistral le alargó la mano que Mesía estrechó mientras decía:

—Señor Magistral, tengo mucho gusto...

Se trataban poco y con mucho cumplido. Ana los vió juntos, los dos altos, un poco más Mesía, los dos esbeltos y elegantes, cada cual según su género; más fornido el Magistral, más noble de formas don Alvaro, más inteligente por gestos y mirada el clérigo, más correcto de facciones el elegante.

Don Alvaro ya miraba al Provisor con prevención, ya le temía; el Provisor no sospechaba que don Alvaro pudiera ser el enemigo tentador de la Regenta; si no le quería bien, era por considerar peligrosa para la propia la influencia del otro en Vetusta, y porque sabía que sin ser adversario declarado y boquirroto de la Iglesia, no la estimaba. Cuando le vió con Anita en la ventana, conversando tan distraídos de los demás, sintió don Fermín un malestar que fué creciendo mientras tuvo que esperar su presencia.

Ana le sonrió con dulzura franca y noble y con una humildad pudorosa que aludía, con el rubor ligero que le mostraba, á los secretos confesados la tarde anterior. Recordó todo lo que se habían dicho y que había hablado como con nadie en el mundo con aquel hombre que le había halagado el oído y el alma con palabras de esperanza y consuelo, con promesas de luz y de poesía, de vida importante, empleada en algo bueno, grande y digno de lo que ella sentía dentro de sí, como siendo el fondo del alma. En los libros algunas veces había leído algo así, pero ¿qué vetustense sabía hablar de aquel modo? Y era muy diferente leer tan buenas y bellas ideas, y oírlas de un hombre de carne y hueso, que tenía en la voz un calor suave y en las letras silbantes música, y miel en palabras y movimientos. También recordó Ana la carta que pocas horas antes le había escrito, y éste era otro lazo agradable, misterioso, que hacía cosquillas á su modo. La carta era inocente, podía leerla el mundo entero; sin embargo, era una carta de que podía hablar á un hombre, que no era su marido, y que este hombre tenía acaso guardada cerca de su cuerpo y en la que pensaba tal vez.

No trataba Ana de explicarse cómo esta emoción ligeramente voluptuosa se compadecía con el claro concepto que tenía de la clase de amistad que iba naciendo entre ella y el Magistral. Lo que sabía á ciencia cierta era que en don Fermín estaba la salvación, la promesa de una vida virtuosa sin aburrimiento, llena de ocupaciones nobles, poéticas, que exigían esfuerzos, sacrificios, pero que por lo mismo daban dignidad y grandeza á la existencia muerta, animal, insoportable que Vetusta la ofreciera hasta el día. Por lo mismo que estaba segura de salvarse de la tentación francamente criminal de don Alvaro, entregándose á don Fermín, quería desafiar el peligro y se dejaba mirar á

las pupilas por aquellos ojos grises, sin color definido, transparentes, fríos casi siempre, que de pronto se encendían como el fanal de un faro, diciendo con sus llamaradas desvergüenzas de que no había derecho á quejarse. Si Ana, asustada, otra vez buscaba amparo en los ojos del Magistral, huyendo de los otros, no encontraba más que el telón de carne blanca que los cubría, aquellos párpados insignificantes, que ni discreción expresaban siquiera, al caer con la casta oportunidad de ordenanza.

Pero al conversar, don Fermín no tenía inconveniente en mirar á las mujeres; miraba también á la Regenta, porque entonces sus ojos no eran más que un modo de penetración de las palabras; allí no había sentimiento, no había más que inteligencia y ortografía. En silencio y cara á cara era como él no miraba á las señoras si había testigos.

Don Alvaro vió que mientras la conversación general ocupaba á todos los convidados, que esperaban en el salón, en pié los más, la voz que les llamase á la mesa; Ana disimuladamente se había acercado al Magistral y junto á un balcón le hablaba un poco turbada y muy quedo, mientras sonreía ruborosa.

Mesia recordó lo que Visitación le había dicho la tarde anterior: *cuidado con el Magistral, que tiene mucha teología parda*. Sin que nadie le instigara era él ya muy capaz de pensar groseramente de clérigos y mujeres. No creía en la virtud; aquel género de materialismo que era su religión, le llevaba á pensar que nadie podía resistir los impulsos naturales, que los clérigos eran hipócritas necesariamente, y que la lujuria mal refrenada se les escapaba á borbotones por donde podía y cuando podía. Don Alvaro, que sabía presentarse como un personaje de novela sentimental é idealista, cuando lo exigían las circunstancias, era en lo que llamaba *El Lábaro* el santuario de la concien-

cia, un cínico sistemático. En general envidiaba á los curas con quienes confesaban sus queridas y los temía. Cuando él tenía mucha influencia sobre una mujer, la prohibía confesarse. «Sabía muchas cosas.» En los momentos de pasión desenfadada á que él arrastraba á la hembra siempre que podía, para hacerla degradarse y gozar él de veras con algo nuevo, obligaba á su víctima á desnudar el alma en su presencia, y las aberraciones de los sentidos se transmitían á la lengua, y brotaban entre caricias absurdas y besos disparatados confesiones vergonzosas, secretos de mujer que Mesia saboreaba y apuntaba en la memoria. Como un mal clérigo, que abusa del confesonario, sabía don Alvaro flaquezas cómicas ó asquerosas de muchos maridos, de muchos amantes, sus antecesores, y en el número de aquellas crónicas escandalosas entraban, como parte muy importante del caudal de obscenidades, las pretensiones lúbricas de los *solicitantes*, sus extravíos, dignos de lástima unas veces, repugnantes, odiosos las más. Orgullosos de aquella ciencia, Mesia generalizaba y creía estar en lo firme, y apoyarse en «hechos repetidos hasta lo infinito» al asegurar que la mujer busca en el clérigo el placer secreto y la voluptuosidad espiritual de la tentación, mientras el clérigo abusa, sin excepciones, de las ventajas que le ofrece una institución «cuyo carácter sagrado don Alvaro no discutía...» delante de gente, pero que negaba en sus soledades de materialista en octavo francés, de materialista á lo *commis-voyageur*.

No pensaba, Dios le librase, que el Magistral buscara en su nueva hija de penitencia la satisfacción de groseros y vulgares apetitos; ni él se atrevería á tanto, ni con dama como aquella era posible intentar semejantes atropellos... pero «por lo fino, por lo fino» (repetía pensándolo) es lo más probable que pretenda seducir

á esta hermosa mujer, desocupada, en la flor de la edad y sin amar. «Sí, este cura quiere hacer lo mismo que yo, sólo que por otro sistema y con los recursos que le facilita su estado y su oficio de confesor... Oh! debía acudir antes para impedirlo, pero ahora no puedo, aún no tengo autoridad para tanto.» Estas y otras reflexiones análogas pusieron á Mesía de mal humor y airado contra el Magistral, cuya influencia en Vetusta, especialmente sobre el sexo débil y devoto, le molestaba mucho tiempo hacía.

—¿Demodo que esta tarde ya no puede ser?—decía Ana con humilde voz, suave, temblorosa.

—No señora—respondió el Magistral, con el timbre de un céfiro entre flores; —lo principal es cumplir la voluntad de don Víctor, y hasta adelantarse á ella cuando se pueda. Esta tarde, alegría y nada más que alegría. Mañana temprano...

—Pero Vd. se va á molestar... Vd. no tiene costumbre de ir á la catedral á esa hora...

—No importa, iré mañana, es un deber... y es para mí una satisfacción poder servir á Vd., amiga mía...

No era en estas palabras, de una galantería vulgar, donde estaba la dulzura inefable que encontraba Ana en lo que oía: era en la voz, en los movimientos, en un olor de *incienso espiritual* que parecía entrar hasta el alma.

Quedaron en que á la mañana siguiente, muy temprano, don Fermín esperaría en su capilla á la Regenta para reconciliar.

«—Y mientras tanto, no pensar en cosas serias; divertirse, alborotar, como manda el señor Quintanar, que además de tener derecho para mandarlo, pide muy cuerdamente. Es muy posible que sus... tristezas de Vd., esas inquietudes... (el Magistral se puso levemente sonrosado, y le tembló algo la voz, porque estaba aludiendo á las confidencias de la tarde anterior),

esas angustias de que Vd. se queja y se acusa tengan mucho de nerviosas y también puedan curarse, en la parte que al mal físico corresponde, con esa nueva vida que le aconsejan y le exigen. Si, señora, ¿por qué no? Oh, hija mía, cuando nos conozcamos mejor, cuando Vd. sepa cómo pienso yo en materia de *placeres mundanos...* (Eran sus frases...) los *placeres del mundo* pueden ser, para un alma firme y bien alimentada, pasatiempo inocente, hasta soso, insignificante; distracción útil, que se aprovecha como una medicina insípida, pero eficaz...

Ana comprendía perfectamente. «Quería decir el Magistral que cuando ella gozase las delicias de la virtud, las diversiones con que podía solazarse el cuerpo le parecerían juegos pueriles, vulgares, sin gracia, buenos sólo porque la distraían y daban descanso al espíritu. Entendido. Después de todo, así era ahora: ¡la divertían tan poco los bailes, los teatros, los paseos, los banquetes de Vetusta!»

Quintanar se acercó, y como oyera á don Fermín repetir que era higiénico el ejercicio y muy saludable la vida alegre, distraída, aplaudió al Magistral con entusiasmo, y aún aumentó su satisfacción cuando supo que ya no reconciliaría Ana aquella tarde.

—Absurdo!—dijo don Fermín;— esta tarde al campo... al Vivero...

—¡A comer, á comer!—gritó la Marquesa desde la puerta del salón donde acababa de recibir la noticia.

—¡Santa palabra!—exclamó el Marqués.

Cada cual dijo algo en honor del nuncio, y todos hablando, gesticulando, contentos, «sin ceremonias,» que eran excusadas en casa de doña Rufina, pasaron al comedor. Los marqueses de Vegallana sabían tratar á sus convidados con todas las reglas de la etiqueta empalagosa de la aristocracia provinciana; pero en

estas fiestas de amigos íntimos, de que á propósito se excluía á los parientes linajudos que no gustaban de ciertas confianzas, se portaban como pudiera cualquier plebeyo rico, aunque sin perder, aun en las mayores expansiones, algunos aires de distinción y señoría vetustense que les eran ingénitos. El Marqués tenía el arte de saber darse tono á *la pata la llana*, como él decía en la prosa más humilde que habló aristócrata.

«La comida era de confianza, ya se sabía.» Esto quería decir que el Marqués y la Marquesa, no prescindían de sus manías y caprichos gastronómicos en consideración á los convidados; pero éstos serían tratados á cuerpo de rey; la confianza en aquella mesa no significaba la escasez ni el desaliño; se prescindía de la librea, de la vajilla de plata, heredada de un Vegallana, alto dignatario en Méjico, de las ceremonias molestas; pero no de los vinos exquisitos, de los aperitivos y entremeses en que era notable aquella mesa. ni, en fin, de comer lo mejor que producía la fauna y la flora de la provincia en agua, tierra y aire. Otros aristócratas disputaban á Vegallana la supremacía en cuestión de nobleza ó riqueza, pero ninguno se atrevía á negar que la cocina y la bodega del Marqués eran las primeras de Vetusta.

Ordinariamente la Marquesa se hacía servir por muchachas de veinte abriles próximamente, guapas, frescas, alegres, bien vestidas y limpias como el oro.

—«Ello será de mal tono—decía—cosa de pobretes, pero todos mis convidados quedan contentos de tal servicio.»

—«Porque tengo observado—añadía—que á las señoras no les gustan, por regla general, los criados; no se fijan en ellos, y á los hombres siempre les gustan las buenas mozas, aunque sea en la sopa.»

Paquito había escogido con entusiasmo la innova-

ción de su mamá diciendo: «¡Eso es! Esta servidumbre de doncellas parece que alegra; me recuerda las horchaterías y algunos cafés de la Exposición...» Al Marqués le era indiferente el cambio. De todas suertes él no pecaba en cosa, ni siquiera dentro del casco de la población.

El comedor era cuadrado, tenía vistas á la huerta y al patio y mediante cuatro grandes ventanas rasgadas hasta cerca del techo, no muy alto. En cada ventana había acumulado la Marquesa flores en tiestos, jardineras, jarrones japoneses, más ó menos auténticos, y contrastaban los colores vivos y metálicos de esta exposición de flores con los severos tonos del nogal mate que asombraban el artesonado del techo y se mostraban en molduras y tableros de los grandes armarios corridos, de cristales, que rodeaban el comedor en todo el espacio que dejaban libres los huecos y un gran sofá arrimado á un testero. También adornaban las paredes, allí donde cabían, cuadros de poco gusto, pero todos alusivos á las múltiples industrias que tenían relación con el comer bien. Allí la caza del tiempo que se le antojaba á Vegallana del feudalismo; la castellana en el palafrén, el paje á sus piés con el azor en el puño levantado sobre su cabeza; la garza allá en las nubes, de color de yema de huevo; más atrás el amo de aquellos bosques, del castillo roquero y del pueblecillo que se pierde en lontananza... En frente una escena de novela de Feuillet; caza también; pero sin garza, ni azor, ni señor feudal: un rincón del bosque, una dama que monta á la inglesa, y un jinete que le va á los alcances dispuesto, según todas las señas, á besarle una mano en cuanto pueda cogerla... En otra parte una mesa revuelta; más allá un bodegón de un realismo insufrible después de comer. Y por último, en el techo, en la vertical del centro de mesa, en un medallón, el retrato de don Jaime Balmes, sin que

se sepa por qué ni para qué. ¿Qué hace allí el filósofo catalán? El Marqués no ha querido explicarlo á nadie. Á Bermúdez le parece un absurdo; Ronzal dice que es «un anacronismo»; pero á pesar de estas y otras murmuraciones, conserva en el medallón á Balmes y no da explicaciones el jefe del partido conservador de Vetusta.

Á la Marquesa le parece esta una de las tonterías menos cargantes de su marido.

Se sentaron los convidados; no hubo más sillas destinadas que las de la derecha é izquierda respectivas de los amos de la casa. Á la derecha de doña Rufina se sentó Ripamilán y á su izquierda el Magistral; á la derecha del Marqués doña Petronila Rianzares y á la izquierda don Víctor Quintanar. Los demás donde quisieron ó pudieron. Paco estaba entre Edelmira y Visitación; la Regenta entre Ripamilán y don Alvaro; Obdulia entre el Magistral y Joaquín Orgaz, don Saturnino Bermúdez entre doña Petronila y el capellán de los Vegallana. Don Víctor tenía á su izquierda á don Robustiano Somoza, el rozagante médico de la nobleza, que comía con la servilleta sujeta al cuello con un gracioso nudo.

El Marqués, antes que los demás comiesen la sopa se sirvió un gran plato de sardinas, mientras hablaba con doña Petronila del derribo de San Pedro, que á la dama le parecía ignominioso. Los convidados en tanto se entretenían en los variados, ricos y raros entremeses. ¡Ya lo sabían! estaban en confianza y había que respetar las costumbres que todos conocían. Vegallana empezaba siempre por sus sardinas; devoraba unas cuantas docenas, y en seguida se levantaba, y discretamente desaparecía del comedor. Siguiendo uso inventado todos hicieron como ya no notaban la ausencia del Marqués; y en tanto llegó y se sirvió la sopa. Cuando el amo de la casa volvió á su asiento, estaba un poco pálido y sudaba.

—¿Qué tal?—preguntó la Marquesa entre dientes, más con el gesto que con los labios.

Y su esposo contestó con una inclinación de cabeza que quería decir:

—¡Perfectamente!—Y en tanto se servía un buen plato de sopa de tortuga. El Marqués ya no tenía las sardinas en el cuerpo.

Otro misterio como el de Balmes en el techo.

La Marquesa hacía sus comistrajos singulares, en que nadie reparaba ya tampoco; comía lechuga con casi todos los platos y todo lo rociaba con vinagre ó lo untaba con mostaza. Sus vecinos conocían sus caprichos de la mesa y la servían solícitos, con alardes de larga experiencia en aquellas combinaciones de aderezos avinagrados en que ayudaban al ama de la casa. Ripamilán, mientras discutía acalorado con su querido amigo don Víctor, en pié, moviendo la cabeza como con un resorte, arreglaba la ensalada tercera de la Marquesa, con una habilidad de máquina en buen uso, y la señora le dejaba hacer, tranquila, aunque sin quitar ojo de sus manos, segura del acierto exacto del diminuto canónigo.

—¡Señor mío!—gritaba Ripamilán, mientras disolvía sal en el plato de doña Rufina batiendo el aceite y el vinagre con la punta de un cuchillo;—¡señor mío! yo creo que el señor de Carraspique está en su perfecto derecho; y no sé de dónde le vienen á Vd. esas ideas disolventes, que en cuarenta años que llevamos de trato no le he conocido...

—¡Oiga Vd., mal clérigo!—exclamó Quintanar, que estaba de muy buen humor y empezaba á sentirse rejuvenecido;—yo bien sé lo que me digo, y ni tú ni ningún calaverilla ochentón como tú me da á mí lecciones de moralidad. Pero yo soy liberal...

—Pamplinas.

—Más liberal hoy que ayer, mañana más que hoy...

—¡Bravo! ¡bravo!—gritaron Paco y Edelmira, que también se sentían muy jóvenes; y obligaron á don Víctor á chocar las copas.

Todo aquello era broma; ni don Víctor era hoy más liberal que ayer, ni trataba de Vd. á Ripamilán, ni le tenía por calavera; pero así se manifestaba allí la alegría que á todos los presentes comunicaba aquel vino



transparente que lucía en fino cristal, ya con reflejos de oro, ya con misteriosos tornasoles de gruta mágica, en el amaranto y el violeta oscuro del Burdeos en que se variaban los rayos más atrevidos del sol, que entraba atravesando la verdura de la hojarasca, tapiz de las ventanas del patio. ¿Por qué no alegrarse? ¿por qué no reír y disparatar? Todo era contento: allí en la huerta rumores de agua y de árboles que mecía el viento, cánticos locos de pájaros dicharacheros; de las ventanas del patio venían perfumes traídos por el airecillo que hacía sonajas de las hojas de las plantas. Los surtidores de abajo eran una orquesta que acompañaba al bullicioso banquete; Pepa y Rosa vestidas de colorines, pero con trajes de buen corte ceñido, airo-sas, limpias como armiños, sinuosas al andar de faldas

sonoras, risueñas, rubia la una, morena como mulata la que tenía nombre de flor, servían con gracia, rapidez, buen humor y acierto, enseñando á los hombres dientes de perlas, inclinándose con las frentes á coquetona humildad, de modo que, según Ripamilán, aquella buena comida presentada así era miel sobre hojuelas.

Los de la mesa correspondían á la alegría ambiente; reían, gritaban ya, se obsequiaban, se alababan mutuamente con pullas discretas, por medio de antifrasis; ya se sabía que una censura desvergonzada quería decir todo lo contrario: era un elogio sin pudor.

En la cocina había ecos de la alegría del comedor; Pepa y Rosa cuando entraban con los platos venían sonriendo todavía al espectáculo que dejaban allá dentro; en toda la casa no había en aquel momento más que un personaje completamente serio: Pedro el cocinero. Ya se divertiría después; pero ahora pensaba en su responsabilidad; iba y venía, dirigía aquello como una batalla; se asomaba á veces á la puerta del comedor y rectificaba los ligeros errores del servicio con miradas magnéticas á que obedecían Pepa y Rosa como autómatas, disciplinadas á pesar de la expansión y la algazara, cual veteranos.

Después de Pedro los menos bulliciosos eran la Regenta y el Magistral; á veces se miraban, se sonreían, De Pas dirigía la palabra á Anita de rato en rato, tendiendo hacia ella el busto por detrás de la Marquesa, para hacerse oír; don Álvaro los observaba entonces, silencioso, cejijunto, sin pensar que le miraba Visitación, que estaba á su lado. Un pisotón discreto de la del Banco le sacaba de sus distracciones.

—Pican, pican—decía Visita.

—¿El qué?—preguntaba la Marquesa que comía sin cesar y muy contenta entre el bullicio—¿qué es lo que pica?

—Los pimientos, señora.

Y don Álvaro agradecía á Visitación el aviso y volvía á engolfarse en el palique general, ocultando como podía su aburrimiento que para sus adentros llamaba soberano.

«¡ Cosa más rara! Estaba tocando el vestido y á veces hasta sentía una rodilla de la Regenta, de la mujer que deseaba,—¿ cuándo se vería él en otra?—y sin embargo se aburría, le parecía estar allí de más, seguro de que aquella comida no le serviría para nada en sus planes, y de que la Regenta no era mujer que se alegrase en tales ocasiones, á lo menos por ahora.»

«Sería una gran imprudencia dar un paso más; si yo aprovechase la excitación de la comida me perdería para mucho tiempo en el ánimo de esta señora; estoy seguro de que ella también se siente excitadilla, de que también está pensando en mis rodillas, y en mis codos, pero no es tiempo todavía de aprovechar estas ventajas fisiológicas... Esta ocasión no es ocasión... Veremos allá en el Vivero; pero aquí nada, nada; por más que pinche el apetito.» Y estaba más fino con Anita, la obsequiaba con *la distancia* en que él sabía hacerlo, pero nada más. Visitación veía visiones. «¿ Qué era aquello? » Miraba pasmado á Mesía, cuando nadie lo notaba, y abría los ojos mucho, hinchando los carrillos, gesto que daba á entender algo como esto:

«Me pareces un papanatas, y me pasma que estés hecho un doctrino cuando yo te he puesto á su lado con el mejor propósito...»

Mesía, por toda respuesta, se acercaba entonces á ella, le pisaba un pié; pero la del Banco le recibía á pataditas, con lo que daba á entender «que no era tambor de marina» y que seguía dominando en ella el criterio que había presidido á la bofetada de la tarde anterior.

Paco no se atrevía á pisar á su *prima nueva*, pero la

tenía encantada con sus bromas de señorito fino, que vivió y *la corrió* en Madrid. Además ¡olía tan bien el primo y á cosas tan frescas y al mismo tiempo tan delicadas y elegantes! Allá en su pueblo Edelmira había pensado mucho en el Marquesito, á quien había visto dos ó tres veces siendo ella muy niña y él un adolescente. Ahora le veía como nuevo y superaba en mucho á sus sueños é imaginaciones; era más guapo, más sonrosado, más alegre y más gordo. El Marquesito vestía aquella tarde un traje de alpaca fina, de color de garbanzo, chaleco del mismo color de piqué y calzaba unas babuchas de verano que Edelmira consideraba el colmo de la elegancia, aunque parecía cosa de turcos. Los dijes del primo, la camisa de color, la corbata, las sortijas ricas y vistosas, las manos que parecían de señorita, todo esto encantaba á Edelmira que era también muy amiga de la limpieza y de la salud.

Paco había ido aproximando una rodilla á la falda de la joven; al fin sintió una dureza suave y ya iba á retroceder, pero la niña permaneció tan tranquila, que el primo se dejó aquella pierna arrimada allí como si la hubiese olvidado. La inocencia de Edelmira era tan poco espantadiza que Paco hubiera podido propasarse á pisarle un pié sin que ella protestase á no sentirse lastimada. «Además, pensaba la joven, estas son cosas de aquí;» la tradición contaba mayores maravillas de la casa de los tíos.

Obdulia, sentada en frente, miraba á veces con languidez á la rozagante pareja. Se acordaba del sol de invierno de la tarde anterior. ¡Paco ya lo había olvidado! no pensaba más que en aquella hermosura fresca, oliendo á yerba y romero que le venía de la aldea á alegrarle los sentidos. Pero la viuda, después de consagrar un recuerdo triste á sus devaneos de la víspera, se volvió al Magistral insinuante, provocativa; procuraba marearle con sus perfumes, con sus miradas de